

## La nueva postura

que se acerca a veces al matadero municipal y le dice al matarife: póngame usted tres corazones de vaca, dos de cordero y cuatro de cerdo. Se los lleva a casa, los extiende debajo del flexo de cien vatios, nada por aquí, nada por allá, sólo con la mirada y unas pinzas y se inviste a el mismo de sabio renacentista, sin más aparatos. Te lo imaginas con jubón de terciopelo, calzas ceñidas y grandes babuchas de cuero en una alta alcoba de columnas, con las baldosas blancas y negras iluminadas por un vitral de losanges emplomados y la mesa llena de pergaminos rayados con fórmulas de tinta sanguínea, dibujos de músculos en rosca, cifras secretas y llamadas esotéricas. Lo conoces y a los cinco minutos piensas que este tipo haría maravillas en un cibernético y sofisticado departamento de investigación de cualquier país del frío. Pero no es así. En Denia hace una temperatura ideal y los salmónes son de excelente calidad. La dulzura del ágora griega poseía también una morbidez que disparaba la imaginación.

El doctor Torrent acaba de publicar un libro, "Físico-química de la Historia, la religión y la familia". Una vez más, él solo acaba de descubrir el Mediterráneo a nado, con el mismo esfuerzo individual con que lo hicieron en su día los fenicios. El libro es un análisis desde el primer comportamiento azaroso de la membrana hasta las formas de organización de las comunidades políticas y religiosas. Lo lees y vas saltando por una serie ininterrumpida de intuiciones geniales, de presentimientos científicos, de relámpagos que iluminan las cavernas, de síntesis alucinantes. Piensas que muchas cosas ya las han escrito otros, que algunos problemas ya están resueltos. Pero lo que cautiva es la aventura intelectual, individualista de un hombre extremadamente inteligente que analiza el mundo con una mirada pura, partiendo desde cero cada mañana, como si sorprendiera por la ventana los albores de la era cuaternaria.

El doctor Paco Torrent es un griego del ágora o un renacentista del Mediterráneo, que rema en soledad como un aventurero de la inteligencia contra el signo de los tiempos. Lo que seduce es su personalidad. Por un precio módico te puede, además, palpar el hígado. ■



**HOW to Prosper During the Coming Bad Years** es una criatura del espíritu nacida del amor que no osa decir su nombre. Para ser exacto, de las ganas de comer caliente de un tal mister Ruff y la compulsión yanqui de cambiar el coche a la llegada de la primavera. Si se prefiere acudir al eufemismo, habría que hablar del llamado "How..." como un libro. O mejor acaso de un opúsculo, en la acepción del término previa a la irresistible ascensión del Opus Dei.

"How to Prosper During the Coming Bad Years" fue engendrado, tal cual ocurrió siempre con los hijos espúreos, en circunstancias ignoradas y que han de presumirse viles. Y que además no vienen al caso. Lo que cuenta es que "How to Prosper...", título cuya

traducción no acometo por elementales razones de decoro, saltó al estrellato en el último mes de diciembre de la década ya ida. Para ser preciso una vez más, apareció en el quinto puesto de los best-sellers que conquistan el corazón y la fantasía del americano medio. Y apareció, y esto también cuenta, de improviso, arrallador, dispuesto según todos los indicios a predicar con el ejemplo en las listas de la revista "Time", apartado libros de "no-ficción". (Con lo cual ya puede masticar el lector su primer comentario procaz sobre el carácter ilusorio del engendro. Sorry.)

Pero por ser quien es, venir de donde viene, ir a donde va y perder su tiempo en esta página, el lector sí puede pensar que, sin necesidad de saborear, ya sabe cómo fue cocinada esta réplica a la "Epístola Moral a Fabio" — así lo pensó también quien le informa— y que en consecuencia el "How much" aludido apenas alcanzará a ser la versión, impresa en inglés comercial, de las máximas que los pueblos de tradición oral recibimos por los rincones al acercarnos al umbral de la vida adulta. Pues no. Si así hubiera pensado, el lector marraría en la misma medida en que marró quien esto escribe.

El señor Ruff, contra todas las apariencias, no ha transcrito y dispuesto las diversas fórmulas del arte de Onán, ni su libro para ganar claridad debería aludir en su título a los placeres horacianos, ni las páginas que compuso contienen rafiña alguna procedente del saber milenario de las gentes hechas a no mirar para probarse que toda la vida es sueño. El americano Ruff, por el contrario, habla del ahorro de la libido para aplicarla a asuntos prácticos. Define, pues, negocios posibles, aconseja pau-

tas de conducta honorables y dibuja con tino, en el sombrío escaparate de los años que muestra, dónde ganar un dólar. En los malos días que llegan se puede prosperar a costa del prójimo y eso es todo. Como se ve, ladrón del fuego mister Ruff no lo es, aunque su imaginación cabalgue detrás de la diligencia y quepa sospechar que ya metería la mano en los cajones del marketing de las grandes corporaciones, siempre tan prósperas en los años que se van y en los que se quedan.

Este apartado confin de la tierra no tiene grandes corporaciones, y si las tiene no son propiamente tuyas, por lo cual veo más bien escasa la renta que podamos sacarle los españoles al nuevo eptome yanqui para cruzar indemnes el sueño del Faraón. De modo

que quien busque aquí prosperidad ahora habrá de atenerse a otras recetas más rudas, menos abstractas en la formulación y sólo moderadamente prácticas, cuyo mejor ejemplo sería aquella que reza: "verlas venir, dejarlas pasar y si te escupen decir que llueve".

Hay que reconocer, no obstante, que las nuevas mercancías de la historia nos cambiaron la decoración y que, por ello, ni la poética moral de nuestros antepasados ni el simple refranero sirven a nuestros hijos, así sea sólo por el punto de desajuste entre lo que se nombra y lo que hay. Si al paso que vamos todos diremos "bingo" para desear suerte, alguien debería escribir aquí unas cuartillas, un libro tal vez fuera demasiado, para guiar a las generaciones ya alfabetizadas, hechas a los tests y que ignoran lo que es el cobijo del buen árbol porque buscan la sombra, cuando la buscan, al arrimo de una valla anunciadora. Pero hablo de escribir unas cuartillas y temo haber errado otra vez, ahora por elevación. Con un decálogo distribuido en un "poster" bastaría, que las nuevas generaciones son dadas al audiovisual y al slogan. Y si se me apura, ni el decálogo. Los dos mandamientos que encierran los diez se sobran para regalar un año próspero. (Pedir una década, eso sí, lo veo por demás.)

En fin, como quien sugiere propuestas sabe que nadie se toma la molestia de atenderlas, ahí van esas dos máximas con las que, a mi leal saber y entender, un joven de hoy puede disfrutar de 365 días de loca incredulidad en su buena suerte. Son simples y se aprenden pronto: en vez de "pasa contigo, tío" diga "sí señor"; en vez de "no gasto", "mande usted".

Un buen año, en estos malos tiempos, no se lo dan a cualquiera. ■

# PROSPERAR

ISAAC MONTERO